

INDICE

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO 2012-2013

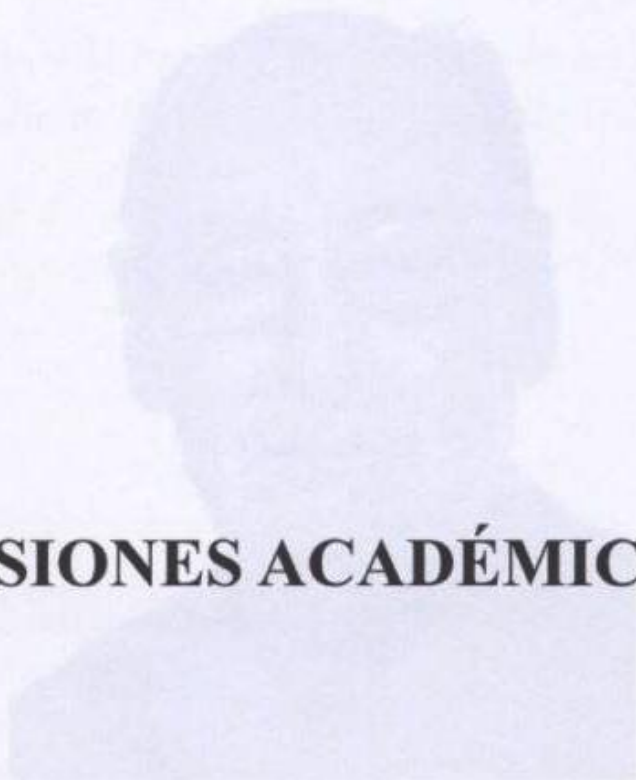
Palabras de la Presidenta de la Academia	9
Exposición del libro de Actas	13
Recepción Académica del Excmo. Sr. Don Francisco Escudé	15
FESTIVIDAD DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA	
Palabras de la Presidenta de la Academia	27

BOLETÍN DE BELLAS ARTES XL

Palabras de la Presidenta	39
Señor D. José Antonio García Ruiz: "Carta a Francisco García"	41
Señor D. Juan Cordero Ruiz: "Francisco García Gómez, Profesor y artista"	43
Señor D. Francisco Arquillo: "Francisco García Gómez, pintor y caligrafo"	49
Señor D. Francisco Arquillo: "Francisco García Gómez, pintor y caligrafo"	51
Señor D. Ramón Cordero: "Francisco García Gómez, pintor y caligrafo"	59
Señor D. Francisco Arquillo: "Francisco García Gómez, pintor y caligrafo"	65



SEVILLA, 2012



SESIONES ACADÉMICAS

SESIÓN EN RECUERDO DEL ILMO.
SR. D. FRANCISCO GARCÍA GÓMEZ.

*Palabras de la Presidencia en recuerdo
del Ilmo. Sr. D. Francisco García Gómez*



**SESIÓN EN RECUERDO DEL ILMO.
SR. D. FRANCISCO GARCÍA GÓMEZ**

Hoy se ha reunido el Consejo de Santa Isabel de Hungría para discutir el fallecimiento del Ilmo. Sr. D. Francisco García Gómez, un hombre querido entre nosotros, sobre todo por su...

Ya hemos recomendado a Dios el alma de Francisco García Gómez, un hombre que figuró a lo largo de su vida por algunas de sus composiciones, siendo carísimas, que permanecerá siempre entre nosotros, sobre todo cada vez que veamos el cuadro de su interpretación de la obra de Velázquez, el Retrato de Inocencio III, que donó el a la exposición permanente en la pinacoteca de nuestra Academia. Su genialidad pictórica queda bien puesta de manifiesto en esta obra. El Sr. García Gómez era un pintor de una gran originalidad, unida a un cromatismo claro y una penetración muy humana.

Pero sin duda lo que más va a permanecer entre nosotros es su humanidad. Descanse en paz nuestro querido compañero.

***Palabras de la Presidenta en la sesión en recuerdo
del Ilmo. Sr. D. Francisco García Gómez***

Mi querido amigo Paco,

En esta ocasión tengo que hablar y escribir sobre ti. Y con el simple hecho de pensarlo a mi mente llegan atropelladamente recuerdos de las aventuras y desventuras que tuvimos juntos a lo largo de los años en torno al arte.

Hoy se ha reunido la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría para decir adiós a nuestro querido Académico Numerario D. Francisco García Gómez. Su recuerdo permanece imborrable entre nosotros, sobre todo por su cercanía y bondad.

Ya hemos encomendado a Dios el alma de Francisco García Gómez, y su figura académica y artística va a ser tratada detalladamente por algunos de sus compañeros de Academia. Es la expresión de nuestro recuerdo cariñoso, que permanecerá siempre entre nosotros, sobre todo cada vez que veamos el cuadro de su interpretación de la obra de Velazquez, el Retrato de Inocencio X, que donó él a la exposición permanente en la pinacoteca de nuestra Academia. Su genialidad pictórica queda bien puesta de manifiesto en esta obra. El Sr. García Gómez era un pintor de una gran originalidad, unida a un cromatismo fuerte y una penetración muy humana.

Pero sin duda lo que más va a permanecer entre nosotros es su enorme bondad. Descanse en paz nuestro querido compañero.

Juntos hemos estado en muchísimas ciudades y museos y siempre llegábamos a la misma conclusión: aunque la ciudad sea un desastro, si el desastro es bueno, el tiempo no se ha perdido porque los buenos museos están

**"Carta a Francisco García Gómez",
por el Ilmo. Sr. D. José Antonio García Ruiz**

Mi querido amigo Paco:

En esta ocasión tengo que hablar y escribir sobre ti. Y con el simple hecho de pensarlo a mi mente llegan atropelladamente recuerdos de las aventuras y desventuras que tuvimos juntos a lo largo de los años en torno al arte.

Paco tu has sido una persona que ha triunfado en todo lo que te has propuesto en tu vida. En tu generación has sido un líder al que se tenía siempre en cuenta en lo que hacía y lo que decía. Tu ingenio y gracia para expresarte te hacían brillante en cualquier situación. Creo que además que esta Academia debería hacer una exposición con tus trabajos y yo le prestaría especial atención a los dibujos. Sobre todo a esos trazos que eras capaz de hacer en cualquier momento y lugar, en los que con ese aire satírico que tenías representabas a mujeres casadas con cocodrilos o jabalíes demostrando la gracia y el ingenio que siempre hay reflejado en toda tu obra.

El otro día rebuscando en nuestros recuerdos encontré una foto antigua de cuando estuvimos juntos en Barcelona para asistir a un Congreso de Arte y me acordaba de lo que nos reímos con aquellos artistas que querían saber que tendencia había que escoger para que fuera más fácil el camino. Aún no se habían enterado de algo que tú y yo ya sabíamos que el camino se hace al andar como decía el poeta Machado, que no hay más esperanza que la tuya y que el arte está lleno de política e hipocresía, como siempre.

Juntos hemos estado en muchísimas ciudades y museos y siempre llegábamos a la misma conclusión: aunque la ciudad sea un desastre, si el museo es bueno, el tiempo no se ha perdido porque los buenos museos están llenos de belleza que es lo que tu amas, y siempre volverás para contemplar

una obra sencilla y estable, parca en color y con una técnica delicada como es tu pintura.

Mi querido amigo, tengo que despedirme ya para no hacerme pesado. Estás en la otra Academia y abría que decir Descanse en Paz, pero como yo te conozco bien, pienso que en esa otra academia como te den la oportunidad, harás lo que has hecho siempre, lo que te da la gana.

Hasta la próxima Paco.

"Francisco García Gómez. Profesor y artista singular en la Academia", por el Ilmo. Sr. D. Juan Cordero Ruiz

Mucho nos costó sentar a **Francisco García Gómez** en el sillón nº 10 de esta Real Academia. Por fin, tras muchos requerimientos, leyó su discurso de ingreso, en recepción pública y solemne el día 29 de enero de 1999, alcanzando la plenitud de derechos y deberes en su condición de académico de número.

Me cupo el honor de recibirlo en nombre de la Real Academia y, ahora, en tan corto plazo, me siento en el doloroso trance de despedirlo en esta protocolaria sesión necrológica.

Pero no se piense que esa presencia, que se nos antoja breve, no nos dejó la huella indeleble de su singular personalidad, aunque yo tengo un sentimiento, que creo compartido por quienes le conocimos bien: no supimos aprovechar lo mucho que pudo regalarnos su gran talento artístico y particular ingenio, si bien es justo reconocer que su original carácter dificultaba las actividades colectivas y corporativas.

No es la hora ni el lugar de comentar los muchos méritos que le adornaban y su singular y meritoria trayectoria como artista, que en esta hora postrera muchos comentarios laudatorios pueden parecer exagerados y, por ello, se suelen convertir en lugar común recurrente, con lo que devaluamos el elogio auténtico. Yo, más bien, quiero llamar la atención sobre un aspecto de difícil reparación: no haberle otorgado en vida el reconocimiento a sus singulares saberes, y no sabernos aprovechar, en beneficio de la Academia, de ese talento nada común que poseía, cuando era el más preparado y cualificado artista gráfico de esta hora sevillana.

Me acojo personalmente, como descargo de mi conciencia, el haberlo conocido bien y ser su amigo: lo llamé a mi lado como subdirector de la Escuela Superior de Bellas Artes, y más tarde como vicedecano de la Facultad; lo

propuse para cuantos encargos importantes dependieron de mi, incluso quise que realizara mi propio retrato institucional, propiedad de la Universidad de Sevilla, así como el retrato del Rey Don Juan Carlos que preside el Paraninfo de la Universidad Hispalense, entre otros encargos; también ejercí mi influencia como presidente de la Asociación de Amigos del Museo para que estuviese representado en el Museo de Bellas Artes de Sevilla con uno de sus mejores cuadros; y hoy quiero aprovechar esta ocasión para rogarle a la actual dirección que sea expuesto en el preferente lugar que le corresponde.

Pero mi cariño sincero y profundo, lleno de admiración por el compañero que se nos ha ido, no me impide reconocer que era de un carácter original y difícil para la convivencia. Pensando mucho en las claves de ese difícil carácter, en tan inteligente artista, afirmé que era la ironía su cualidad más afilada, y así lo dejé apuntado en mi discurso del acto de recepción a que me acabo de referir. Sí, su aguda inteligencia y sus superiores cualidades artísticas, que lo hacían muy superior a tanta mediocridad triunfante, le hizo escéptico a los prestigios espurios que le rodeaban. Y él mismo se volvía sarcástico con su propia obra, lo que desconcertaba a muchos que le seguíamos admirando; pero a veces el mismo García Gómez caía en sus propias burlas y entraba en etapas de crisis y depresión, en las que no pintaba nada por falta de convicción sobre el reconocimiento a la importancia y calidad de su obra.

No trato de hacer un retrato psicológico de Francisco García Gómez, para lo que no me siento preparado, sino descubrir públicamente que, tras esa aparente indiferencia, incluso burla y chanza por su propia obra y la de sus compañeros, se ocultaba una seria y profunda reflexión, una crítica exigente y unos sabios criterios que le atormentaban más allá de lo que aparentaba. De esa limitación humana, que no alcanza la perfección ideal, que se queda en la mente del artista sin llegar al lienzo, era plenamente consciente nuestro amigo, y ello constituía una continua inquietud y escepticismo en su espíritu sensible y cultivado. Francisco García Gómez, ante esta realidad tenía una reacción singular y desconcertante; de toda esa tragedia íntima, se defendía con su aguda ironía, rayana en un sarcasmo que tantos disgustos e incomprensiones le costaron. No era fácil descubrir sus hondas preocupaciones estéticas y culturales para quienes se dejen llevar de las apariencias, por sus dichos ingeniosos y comentarios jocosos ocasionales; por ello es de justicia pregonarlo ahora por quienes tuvimos el privilegio de adentrarnos un poco en esa alcoba de su alma, donde guardaba con pudor y celo sus profundas inquietudes, sus vitales exigencias, sin dejar entrever la trágica riqueza de su particular sabiduría. Por esa actitud que ejercía ante la vida y el arte yo denuncio aquí la incomprensión

y contradicciones de cuantos le trataban superficialmente, y no lograron entrar, porque él cerraba la puerta por dentro, en ese íntimo y genial recinto donde elaboraba la alquimia de su creación artística.

Por esa aparente indiferencia a su propia obra era enemigo de toda pedantería, y se rodeaba de personas sencillas, ingenios del pueblo, del barrio o del mostrador de la más cutre taberna, donde descubría a esos anónimos sabios populares, entre los que se encontraba más a gusto que en los foros oficiales de los doctos reconocidos. Pero esta Sevilla que él tanto conocía y amaba, le cerraba muchas puertas con cierta descalificación sutil, más despectiva y envidiosa que cariñosa, cuando le llamaban amistosamente "*Paquillo*".

Si, nuestro ilustrísimo amigo se merecía más consideración de la que gozó cuando vivía entre nosotros, más reconocimiento a su irrepetible y complejo talento. A muchos pueden parecerles suficientes las metas alcanzadas que, ciertamente, fueron muchas, pero yo proclamo aquí, cuando ya no puede violentarse su natural modestia, que mereció mucho más. Y es que Sevilla tiene una particular escala para valorar a sus hijos; incluso cuando la calidad de algunos es tan evidente, le suele poner un acento negativo, como de un Cernuda afeminado o un Ressendi borracho..., lo que me recuerda una frase del propio Paco que, con el riesgo de ser incorrecto, no me resisto a referir: "El sevillano, decía, cuando no tiene más remedio que reconocer la valía de un pintor, dice: ***que bien pinta el hijo de la....***"

Pero todo eso pasó y pertenece a ese largo anecdotario biográfico que no es de esta ocasión; ahora nos queda su obra; y, también para sus amigos y admiradores, el recuerdo de sus sabias reflexiones (aunque estas hay que saberlas espigar de entre el intencionado camuflaje de sus chanzas e ironías).

Para el público oficial tuvo dos ocasiones, patrocinadas por esta Academia, donde la seriedad de su palabra dejó constancia de sus acertados juicios: primero en su discurso de ingreso con el título "*Tradición, vocación y aprendizaje en el Arte de la Pintura*" y, más tarde, en la contestación a la recepción como Académico de Honor del pintor Cristóbal Toral. Podemos decir que allí se puso serio para dejar al descubierto su credo estético, si bien, para quienes saben "leer en el arte de la pintura", puedan entender mucho más de lo que dice con la palabra, aquello que "escribe" con el críptico lenguaje de su propia obra pictórica.

Pero ¿dónde está su obra? Desgraciadamente dispersa e infravalorada. Ese singular carácter que hemos apuntado le llevó a desprenderse de sus obras del modo más descontrolado e irregular; no siempre fue necesidad económica el móvil de ese desprendimiento, sino aparentes caprichos de amistades

interesadas que, no sabiendo apreciar el gran valor de esas obras nos hacen hoy casi imposible su seguimiento.

Es por ello que me atrevo a hacer una propuesta, aunque sea alterando la tradición de esta Real Academia: que no sean solo las palabras ajenas las que hagan este homenaje póstumo a los artistas creadores que nos dejan con su muerte, sino que, como reparación más justa y permanente, sea una muestra pública de su propia obra, bien ordenada y catalogada, la que se exponga al público y, de ese modo, sea el propio artista quien hable con su peculiar lenguaje.

Porque, como en este caso, ¿qué puede agregar mi torpe palabra que ya no esté expresado en sus pinturas y dibujos? ¿Qué pueden importar algunas anécdotas, o algunas peculiaridades de su carácter y de su vida, tan semejantes y, a veces tan normales, como cualquier otra? No deja de ser una grave responsabilidad, de la que soy consciente, que sea mi particular opinión, llena de subjetividad, cuando no de prejuicios, la que cierre esta postrera despedida a tan insigne artista. Lo trascendente, lo permanente y lo singular, lo que un día le llamó a esta Real Academia, es su obra de artista magistral. Ella le justifica, pero esa razón puede quedar escamoteada o encubierta por la palabra de quien solo tiene buenos deseos, y, como en este caso, no domina el arte del decir con las palabras. Muy pobre y, tal vez distorsionado, puede ser el resultado de esta despedida. Es por ello que se me ocurre esta variante del discurso póstumo del extinto compañero. Y aunque corramos un riesgo que no quiero ocultar, porque es producto y condicionamiento de nuestra actual educación, por la que nos han enseñado a interpretar mejor un texto gramatical, y no nos ha preparado para “leer” directamente la expresividad contenida en las formas y los colores, con cuantos matices contiene el inefable lenguaje del arte plástico. Reafirma este riesgo que comento la frecuente experiencia en que nos vemos implicados, cuando nos encontremos ante obras maestras de la pintura, por ejemplo, y nos interpelan personas de reconocida cultura, quienes nos solicitan que “se las expliquemos”.

Es una pena que la prolífica obra de García Gómez, producto de mil circunstancias diversas, esté desperdigada por insólitos lugares, y no pueda contemplarse reunida para poder calibrar su calidad excepcional, respaldando estas alabanzas que aquí traigo, y que pudieran parecer exagerado producto del afecto y la amistad. Pero no es así, porque estas palabras no son el producto de una apasionada admiración personal, sino que se basan en el conocimiento lógico y frío, aunque incompleto, de la contemplación de muchas de esas obras. Obras que están buscando, como aquellos personajes de Pirandello, a un autor. Yo desde aquí hago votos porque alguien, con ilusión y preparación, se sienta

interpelado por este discurso y acometa tan noble como gratificante tarea.

Una tarea, que ya prevengo, no es fácil: no solo por las dificultades materiales de reunir tantas obras dispersas, sino, particularmente, por agrupar metodológicamente los variados conceptos estéticos y las sutilezas de su irónico lenguaje. Etapas diversas que ya anoté, como referidas a nuestro amigo, por Ortega y Gasset, cuando dijo de Velázquez: *“Ya pasó por el realismo epidérmico, ya ha superado la visión subjetiva, y se explaya ahora en ese mundo de lo intrasubjetivo”*. Difíciles etapas que usó y entremezcló García Gómez sin orden ni cronología previsible.

De igual modo que el genial maestro sevillano a quien tanto admiraba, y que tan profundo impacto le produjo con el retrato del Papa Inocencio X, cuando juntos lo vimos en El Prado, fueron muchas las ocasiones en las que me abrió a esas inquietudes y me enseñó la agudeza de su sensibilidad. Mucho discutimos ante esa maravilla del genio velazqueño llegando a la conclusión que por ese camino se había agotado una trayectoria imposible de superar. Y cito este hecho porque el resultado de aquella visión está a nuestro alcance en esta misma Academia. Y porque fue entonces cuando optó por el quiebro a la ironía pintando el cuadro que donó a esta Real Academia y hoy se puede contemplar en su pinacoteca. Tomó la coartada de la ironía, en la que ya militaba, pero ante esa obra tomó conciencia de su verdadero e innovador camino, aunque ya había transitado otros originales senderos que supo utilizar con maestría y originalidad en sus muchas obras. Que a esta ironía pictórica es a la que me refiero, distante de las filosóficas de Platón, Hegel o Schlegel, cuando afirmo que ante la excelencia insuperable de los grandes maestros, que cerraban toda posible continuidad o superación, nuestro académico extinto hace un quiebro de “larga cambiada” y se recrea en la ironía como fórmula pictórica y vital, en un moderno concepto romántico. Fórmula a la que el propio Friedrich Schlegel le concede la máxima categoría estética, diciendo: *“el arte se mira, deja de ser trascendente y se ríe de sí mismo”*. Quizás en esto se manifiesta el más moderno sentido estético de García Gómez, y en el que convenga profundizar por sus futuros biógrafos.

Y, para terminar este protocolario recordatorio, una palabra más con el ferviente deseo de no equivocarme. No dudo que el definitivo Juez de su obra y su vida, misericordioso y justo, ya ha penetrado en esos ocultos rincones de su alma y ha iluminado todas las bondades que celosamente guardaba, rincones íntimos que muchos, desde nuestras mezquindades y prejuicios humanos, no supimos ver y aprovechar. Por ello deseo que ya esté gozando la recompensa de la Verdadera y Sublime Belleza que aquí intuía y se vislumbra con su arte. Que

su recuerdo permanezca en quienes le conocimos, su obra se reconozca y admire por los amantes del arte, y que él goce de la eterna presencia de la Belleza Divina.



Retrato del Papa Inocencio X pintado por el Ilmo. Sr. D. Francisco García Gómez

*HE DICHO.
Juan Cordero Ruiz*

***"Perfil humano y académico de Francisco García Gómez",
por el Ilmo. Sr. D. Fernando García Gutiérrez, S. J.***

La figura de Paco García Gómez apareció entre nosotros sin apenas hacer ruido, y así estuvo durante los más de veinte años de vida académica, hasta desaparecer también calladamente. Sin embargo, su pintura tenía una personalidad tan definida, que hablaba por sí misma. Paco había nacido para pintar, y el dibujo era algo de lo que no podía apartarse. Todos lo recordamos haciendo dibujos en la misma hoja del programa de las sesiones, sin dejar nunca de pintar composiciones alegóricas o surrealistas, caricaturas, dibujos de cualquier tipo o estilo. Pero mientras pintaba, Paco seguía el desarrollo de la sesión académica, hasta que de cuando en cuando decía una palabra acertada, que mostraba su manera de pensar.

Este modo de pensar y de actuar era típico suyo. A pesar de sus pocas palabras, Paco era cercano a todos, hasta tal punto, que entre nosotros lo llamábamos "Paquillo", como una muestra de familiaridad y amistad. Era amigo de todos, y eso lo sabíamos nosotros y él también.

Paco había nacido en Sevilla en 1936, y después de los primeros estudios en el Instituto de San Isidoro, y tras su aprendizaje en la Escuela de Artes y Oficios, ingresó en la Escuela Superior de Bellas Artes, donde se graduó en 1961. En 1970 fue nombrado Profesor Auxiliar de dicha Escuela, y en 1974 ganó la cátedra de Dibujo Decorativo por Concurso Oposición. En 1983 obtuvo el doctorado en Bellas Artes, pasando a Catedrático de la nueva Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla. Fue Vicedecano de esta Facultad de 1979 a 1985. Sus obras forman parte de colecciones públicas y privadas. A lo largo de su vida obtuvo numerosas distinciones.

Su vida en esta Real Academia de Santa Isabel de Hungría comenzó el 21 de noviembre de 1989, en que fue elegido Académico Numerario, y el

29 de enero de 1999 leyó su discurso de ingreso sobre “Vocación y aprendizaje en el arte de la pintura”. Fue un reflejo de su propia vocación artística, ya que mostró cómo para pintar hace falta no sólo el aprendizaje, sino sobre todo el tener verdadera vocación para ello. Y Paco era pintor por naturaleza.

Sobre estos datos fríos de su vida profesional y académica, resplandece su entrañable figura humana. Paquillo era una persona que se hacía querer. Todos tenemos el recuerdo cálido de su permanencia entre nosotros. Para todos tenía siempre una palabra cercana y un gesto de acogimiento. Pienso que estos valores sobresalen sobre los indudables méritos de su pintura.

Descanse en paz el amigo entrañable, cercano, que desde Arriba nos echará una mano a los que le quisimos y recordamos con cariño.

Fernando G^a Gutiérrez, S.J.

"Cualidad humana y categoría artística de Francisco García Gómez", por el Ilmo. Sr. D. Francisco Arquillo Torres

Es un honor tomar la palabra en esta Sesión Académica en recuerdo de nuestro entrañable amigo y compañero Francisco García Gómez, insigne artista y excelente persona, que hasta hace muy pocos días compartió con nosotros la responsabilidad de prestigiar aún más esta Institución.

La noticia de su fallecimiento, por inesperada, nos ha sumido a todos en una honda conmoción. Es cierto que por ley de vida a todos nos llega el final, pero para mí fue y sigue siendo un trance difícil de asimilar, pues no hace muchos días estuve conversando con él, pudiendo comprobar su entereza y ganas de vivir. Me habló de unos proyectos que tenía "in mente" y que le ilusionaban, por eso nunca pude pensar en tal desenlace, pero lamentablemente nos dejó.

Mi relación con Paco García Gómez se remonta a aquellos tiempos en que ambos cursábamos estudios en la entonces Escuela Superior de Bellas Artes, él me aventajaba en un curso académico y me superaba largamente en condiciones artísticas, igual que a casi todos, era un ejemplo a seguir para cuantos sentíamos sus mismas inquietudes.

Recuerdo con nostalgia aquellos años, porque las vivencias de antaño, como alumno, en los momentos actuales serían irrepetibles, ya que la convivencia, la comunión en ideales y las relaciones humanas, entiendo que hoy día son valores menos trascendentes.

El sentir general del alumnado de entonces era, que Paco poseía unas dotes artísticas diferentes a los demás, tanto es así, que cuando las circunstancias lo permitían, es decir, cuando los profesores Juan Miguel Sánchez, Miguel Pérez Aguilera, Alfonso Groso, José María Labrador, Sebastián García, Amalio García del Moral, y otros excelentes profesores se ausentaban del aula, porque éstas eran un lugar de trabajo y no de tertulia, entrábamos a las clases con la

convivencia de Miguel el conserje, para recrearnos y aprender de los dibujos y pinturas de García Gómez.

Cuando los demás nos enfrentábamos en nuestro quehacer estudiantil a problemas dibujísticos o pictóricos, casi siempre resueltos con mayor voluntad que acierto, Paco los solventaba con la sencillez y sabiduría de un maestro, representaba para todos nosotros el ejemplo a seguir.

Sus excelentes condiciones artísticas le proporcionaron numerosos premios durante los estudios. A los concursos de pintura nos presentábamos todos, pero el elegido no podía ser otro que García Gómez, circunstancia que asumíamos porque había que rendirse a la evidencia.

Ambos finalizamos la carrera y emprendimos trayectorias diferentes, pero el tiempo nos dio la oportunidad de reencontrarnos, entonces, de simples compañeros pasamos a ser buenos amigos.

A raíz de aquellos momentos de estrecho vínculo académico, pude experimentar y comprender el valor de la amistad. Los diálogos intrascendentes de aquella época de juventud, se habían tornado en una relación más franca y sustanciosa y casi siempre el arte era la motivación fundamental.

Mi dedicación docente a la conservación y restauración de obras de arte despertó aún más su interés por todo cuanto concierne a nuestro patrimonio artístico, pudiendo referir muchos ejemplos en este sentido; en una ocasión, contemplando un cuadro de Santa Rosa de Lima, de Murillo, manifestaba su complejo ante tanto virtuosismo técnico. Ésta y otras muchas situaciones similares se repitieron ante obras de los grandes maestros de otros tiempos, en las que siempre hurgaba para conocer, como él decía, la "quintaesencia" del arte, porque Paco no contemplaba la obra de manera intrascendente o superficial, sino que la diseccionaba para extraer el sentimiento y la técnica del artista. Ante un autorretrato de Goya exclamaba, que los grandes genios hacen más fácil la comprensión del complejo y difícil mundo de la pintura.

Era persona que hacía gala de una exquisita discreción, porque la notoriedad no le interesaba, su humildad y cualidades humanas eran una constante vital, quería ser conocido fundamentalmente por su quehacer artístico y el tiempo ha hecho justicia, pues por su trayectoria pictórica es considerado y reconocido como uno de los grandes pintores sevillanos de la segunda mitad del s. XX.

Pero el reencuentro fue para mí un constante enriquecimiento, era persona de gran formación intelectual y facultades artísticas singulares, de una dialéctica atractiva y de razonamientos convincentes, es decir un jugoso y buen conversador, de cuyo magisterio aprendí tantas cosas, aunque haciendo honor

a la verdad, en ocasiones su actitud era difícilmente comprensible para quien no le conocía, era como una doble personalidad, o quién sabe si la consecuencia de su genialidad.

Tal vez su apariencia negativa y gruñona en algunas ocasiones, expresión dicha con todo el cariño del mundo, pues no podía ser de otra forma, era simplemente un recurso para ahuyentar a los no deseados, pero en el fondo Paco era una buenísima persona querida y apreciada por todos.

Los berrinches se los tomaba con gran sentido del humor, hecho por el que para muchos fuese a veces un incomprendido, humor del que estarán disfrutando los personajes que le acompañarán en ese lugar, donde únicamente son aceptados los seres humanos íntegros, honestos y cabales.

Su filosofía de vida no era otra que el exigente compromiso con la responsabilidad docente, el trato exquisito con sus amigos y la constante investigación a la búsqueda de nuevos valores pictóricos.

La gran formación artística e intelectual le hizo acreedor al mayor de los reconocimientos en las diferentes actividades que desarrolló durante su vida; como ayudante de varios profesores en la entonces Escuela Superior de Bellas Artes, como catedrático de Dibujo Ornamental en la Facultad de Bellas Artes, o en su faceta de conversador en las sabrosas tertulias del Rinconcillo que tanto frecuentaba y donde aderezaba las reuniones con esa chispa que era consustancial a su arte y sevillanía.

Su pintura era un alarde técnico y creativo, al decir de algunos un "realismo mágico" con connotaciones surrealistas. Los paisajes están cargados de naturalidad y rigor técnico, simbiosis que unida a la capacidad creadora los hacen diferentes. Pero cuando pintaba la figura humana eran palabras mayores, pues entiendo que alcanzaba el justo equilibrio de la forma y el color, logro parangonable a los grandes pintores de otros tiempos. Él se jactaba en decir que su gran maestro era Velázquez y ciertamente su pintura tiene un toque cromático y ese halo de ensueño que en algunos momentos parece emular al otro gran genio sevillano.

La independencia en los juicios y la crítica a determinados planteamientos docentes eran congénitas a su personalidad, al considerar que difícilmente puede alcanzarse un nivel pictórico óptimo sin profundos conocimientos técnicos y entender que tan importante es el mensaje como la manera de transmitirlo.

Pero Paco García Gómez además era un excelente dibujante, de cuyo magisterio dejó constancia durante su actividad profesional como grabador,

publicista y diseñador y posteriormente como docente de esas disciplinas en la Facultad de Bellas Artes.

Poseía esa chispa ingeniosa para la improvisación y tantos recursos para plasmar una idea, que entusiasmaban al observador. De ello podemos dar fe quienes compartíamos las reuniones de facultad, pues mientras que los demás casi siempre perdíamos más tiempo del necesario en disquisiciones, divagaciones y planteamientos sin sentido, él lo aprovechaba creando dibujos de los personajes a escena, y no era un proceder paradójico, sino simplemente la constatación de los hechos.

La madurez personal fue afilando sus sentidos y haciéndole aún más crítico, pero la contrapartida de tantos sentimientos a flor de piel fue una producción artística insuperable. Sus obras recrean el espíritu y nos enseñan los valores de la inspiración de un artista reflexivo, analítico y plásticamente realizado, que sin duda dejará huella en la pintura sevillana y en las nuevas generaciones de artistas.

Ejemplos de su arte pueden contemplarse en numerosos museos y colecciones. En Sevilla un espléndido cuadro de su majestad el Rey preside el Paraninfo de la Universidad y su cuadro "El Alquimista" pertenece a la colección del Museo de Bellas Artes.

Como sevillano de vivencia y sentimiento, amante de la Semana Santa, su huella ha quedado patente en las excepcionales cartelas del paso del Cristo de la Misericordia, en las ilustraciones que sobre la Semana Mayor insertaban los inolvidables cuadernillos del diario ABC durante más de una década, y como no, en los numerosos carteles alusivos a todo tipo de eventos religiosos y profanos.

Como Académico de esta Real Corporación su proceder fue siempre participativo, siendo corresponsable de muchas de las actividades culturales realizadas.

Su categoría humana y artística quedó patente en el Discurso de Recepción como Académico Numerario de esta Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, titulado: "Tradición, vocación y aprendizaje en el Arte de la Pintura".

Quienes tuvimos la suerte de estar presentes en su disertación, nos reafirmamos en el concepto que siempre habíamos tenido de él, como artista y como persona dotada de una sensibilidad poco habitual, fue un deleite por su rica prosa, el profundo conocimiento del arte y la manera peculiar de transmitirlo.

Ha sido una lástima que aquellos proyectos que decía tener "in mente" no haya podido hacerlos realidad, aunque el hecho realmente trascendente ha sido su pérdida, la de una persona entrañable que dejará huella en todos los que tuvimos el privilegio de contar con su amistad.

Francisco Arquillo Torres
Universidad de Sevilla